

LA LITERATURA HACE EXISTIR ALGO (Y NO SOLO SU PROPIO DISCURSO): MICHEL FOUCAULT

ENTREVISTA CON JUDITH REVEL (UNIVERSIDAD PARIS-NANTERRE)

Isabelle Galichon

Université Bourdeaux-Montagne

G – ¿Cómo se hizo la selección de los textos para esta edición de inéditos?

R – Se trataba ante todo de evitar textos repetitivos con respecto a los que ya conocíamos. Queríamos, por el contrario, facilitar el acceso a textos que aportaban realmente algo nuevo, o sea, que enriquecían o hacían más complejo lo que ya pensábamos saber del pensamiento de Foucault. Un texto inédito no es necesariamente una garantía de tener algo nuevo e interesante, su “exotismo” no basta para convertirlo en un documento de archivo convincente. Hemos seleccionado, pues, textos que nos parecían ricos, también porque planteaban algún tipo de problema con respecto a los que ya teníamos a disposición. Además, nos importaba mostrar cómo Foucault vuelve sobre un tema —una noción, una idea, un ejemplo, una cuestión— y va ahondando en su significado y consistencia a lo largo de reformulaciones sucesivas: se puede ver el pensamiento que se está construyendo, es a la vez conmovedor y apasionante.

G – Los textos publicados aquí provienen casi todos del periodo que va desde la publicación de *La historia de la locura* (1961) hasta la de *La arqueología del saber* (1969). ¿En qué se singularizan con respecto a otros textos del mismo periodo?

R – Todos los textos no están datados, aunque ciertos indicios nos permiten a menudo hipotetizar el momento de su redacción. La mayoría de estos textos giran en torno al momento esencial de la estancia de Foucault en Túnez y, en particular, al año 1967. A Túnez es donde va justo después de la publicación de *Las palabras y las cosas*, en 1966; en Túnez será dónde redacte las diferentes versiones de lo que se convertirá en *La arqueología del saber*, en 1969; en Túnez, otra vez, es donde se pone a leer de manera sistemática obras de filosofía del lenguaje, filosofía analítica, de lógica, y algunos textos de antropología estructural: sabemos que tenía acceso a la biblioteca de Gérard Deledalle, especialista en Peirce y, en aquel entonces, director del departamento de filosofía de la universidad de Túnez. De hecho los textos de Foucault de la misma época portan el rastro nítido de estas lecturas. Se trata también, por supuesto, del debate intelectual del “momento”, el análisis estructural de los discursos: es impresionante la cantidad enorme de textos que Foucault lee, anota e integra enseguida a sus reflexiones, que no solo vienen de las bibliotecas sino de la actualidad editorial inmediata de la época, tanto publicaciones recientes (Barthes, Benveniste, Jakobson, Austin, Prieto, Hjelmslev...) como reediciones (Lévi-Strauss, cuyas *Estructuras elementales del parentesco* vuelven a publicarse en 1967 y, al parecer, son importantes para él). Descubrimos, pues, a un Foucault que es un lector voraz; pero también lo descubrimos como lector apasionado de un estructuralismo más radical de lo que uno podía imaginarse –se conocían las declaraciones contradictorias de Foucault, que parecían demostrar sucesivamente una voluntad de asociarse al estructuralismo en nombre de lo que él mismo llama “una comunidad de método”, y de desprenderse de él también tajantemente tan pronto como el principio de su identificación se convierte en lugar común. En los textos que publicamos hoy, se ve algo un poco diferente: la manera en que Foucault intentó valerse de algunos enfoques estructurales para sus propios objetos (aquí: la locura y la literatura); y cómo esta apuesta, “endurecida” en extremo desde un punto de vista metodológico con respecto a los textos que ya conocíamos (particularmente porque Foucault plantea de forma permanente el problema del estatus de la historia en las investigaciones llevadas a cabo), terminó por ser abandonada. *La arqueología del saber*, que es el punto final de estas errancias apasionantes (si por errancias entendemos unas tentativas, unos inventos, unas reformulaciones, y no unas deambulaciones vanas y estériles), es un libro atravesado por la extrema tensión que este estatus de la historia, tan contradictoriamente anclado en el meollo de la empresa de Foucault, lleva aparejada. La luz que arrojan estos nuevos textos permite entender mejor la envergadura del trabajo y las dificultades encaradas por Foucault.

G – Analiza usted hasta qué punto en estos textos Foucault desarrolla una relación con la historia bastante diferente, que otorga un lugar nuevo a la etnología o sociología. ¿Cómo explicar entonces la coexistencia de un interés por “otra historia” (26) con la pregnancia aún manifiesta de un pensamiento estructuralista?

R – No es tanto un lugar nuevo como un lugar “aislado” —y esto forma parte de las sorpresas que pueden dar los inéditos. Hay, alrededor del año 1967, un momento relativamente breve en que Foucault parece querer evacuar la historia de sus propios análisis en beneficio de otros modelos disciplinarios. Esto da cuenta sin duda alguna de una relación compleja para con el estructuralismo: una relación que parece “endurecerse” y radicalizarse justo después de la publicación de *Las palabras y las cosas*, pero que no deja de plantear constantemente la cuestión de la relación con la historia. Se puede entender esto a partir de tres elementos esenciales, complementarios pero distintos: por un lado, la fuerza de los análisis estructurales en Francia en medio de los años 1960; por otro, el “descubrimiento” por Foucault, con ocasión de su estancia en Túnez, de toda una literatura estructuralista en los campos específicos del análisis del lenguaje y de la etnografía, a lo que se añade otro continente, la filosofía analítica —otra vez destaca el papel fundamental de la biblioteca de Gérard Deledalle—; por fin la toma en consideración silenciosa pero sin duda muy profunda de las críticas que se hicieron a propósito de la representación de la historia subyacente a los análisis de *Las palabras y las cosas* (nos acordamos de la crítica de Sartre y la acusación de haber sustituido “el cine por la linterna mágica”, pero pienso también en una crítica muy justa y más bien dura de Michel de Certeau: en todo caso, el reproche que se le hace a Foucault es, a la vez, el valerse de grandes cuadros sin dar cuenta nunca del paso de una episteme a otra, y el hecho de no problematizar nunca su propio lugar en la vasta descripción epistémica a la que se dedica). Estas críticas, no hay que olvidarlo, sucedían a las que Derrida ya había esbozado tras la publicación de *Historia de la locura*, y de las que solo hemos recordado a menudo el desacuerdo acerca de la interpretación que dar de un breve fragmento de la primera de las *Meditaciones* cartesianas, aun cuando ya tenían que ver —y tal vez, sobre todo— con la manera en que Foucault concebía la historia. De ahí la relativa errancia de Foucault —que busca qué hacer ante estos reproches. La solución puede estribar en proponer un pensamiento en el que la historia quedaría casi totalmente excluida; pero también puede ser una reelaboración radical de lo que nos representamos a través de la palabra “historia”, y de la historicidad de la investigación filosófica —precisamente por eso terminará por decantarse Foucault después de haber escogido en balde la primera opción.

G – Recalca usted en su introducción las repeticiones, a la vez juegos de reiteración y “repeticiones de un motivo” (11). Una noción suscita un interés palmario al nivel de la recepción de estos textos —precisamente porque parece bastante nueva en la terminología de Foucault—: la noción de “lo extralingüístico”, que se vincula con la literatura. Puntualiza usted que se hallan dos menciones del término en una introducción a *La arqueología del saber* que Foucault descartó. ¿Qué nos dicen los textos inéditos depositados en la BnF al respecto? ¿Fue retomada esta noción en textos posteriores sin publicar? ¿Qué aporta esta noción en el análisis que se puede hacer de la literatura según Foucault?

R – No me parece que la noción haya sobrevivido posteriormente —pero no creo que ningún investigador haya leído la totalidad de las 38000 páginas de los inéditos de la BnF, que cabría dominar y analizar antes de dar una respuesta certera. Se puede hipotetizar, sin embargo, que el desplazamiento del análisis de Foucault hacia las prácticas, a inicios de los años 1970, que da pie a los nuevos trabajos que constituye la analítica de los poderes, hace que la noción resulte infinitamente menos central. Sin duda, también porque la literatura como objeto y la lingüística como método pierden el privilegio que tenían aparentemente en los años 1960: se trata, de ahora en adelante, de desarrollar más bien unos análisis históricos sobre la manera en cómo unos campos de prácticas y de saberes se han estructurado, lo que tiene poco que ver con la noción de lo extralingüístico. La literatura no desaparece —pero es una práctica entre otras, y un soporte de enfoques sabios entre otros.

G – ¿En qué medida se podría decir que la noción de extralingüístico fue una etapa, en el pensamiento de Foucault, desde la experiencia lingüística hasta una pragmática y, luego, una dramática del discurso, última etapa de su curso sobre *El coraje de la verdad*?

R – No estoy segura de que saquemos gran provecho al borrar las discontinuidades que el propio Foucault no dejó nunca de reivindicar, a la vez como concepto fundamental para su reflexión (acabo de hablar de la reelaboración de la relación con la historia, y de su representación: la discontinuidad desempeña en ella un papel esencial) y para la constitución de su propio pensamiento en sus diferentes fases, es decir, en sus diferentes planteamientos. Dicho esto, la noción de extralingüístico introduce, es verdad, algo que, en el lenguaje, pone de realce cierto número de efectos que no pueden reducirse al análisis lingüístico; y la introducción de la referencia a Austin y a la figura de los *speech acts* se

encamina hacia una primera atención a lo que podría ser una pragmática del discurso. Más allá de esta noción de extralingüístico, se encuentran en la elaboración de *Coraje de la verdad* muchas otras pistas: por ejemplo, una reflexión sobre los estilos de vida, sobre lo que Foucault llamará *la vida otra*, sobre un *hacer verdadero* que no sería necesariamente un *decir verdadero*... Al fin y al cabo, cuesta pensar en los últimos cursos sin integrarlos dentro de un cuestionamiento sobre la vida en cuanto espacio de experimentación a la vez singular y compartido, sobre el exponerse a sí mismo, sobre el coraje necesario para este arriesgarse inherente a la *parresía*: estamos lejos de lo extralingüístico. Pero también es verdad que, si los actos de habla funcionan precisamente como gestos, si sus efectos rebasan literalmente el análisis lingüístico, hace falta entonces un análisis del *habla en acto*, es decir una pragmática. Y dado que esta pragmática implica al sujeto que habla, que lo afecta tanto como afecta a aquellos a quienes la palabra viene dirigida (o que la reciben en todo caso), se juega también con una dramática del discurso.

G – La literatura se define según Foucault, en un texto cuyas circunstancias de redacción se desconocen, “El análisis literario y el estructuralismo”, como “un acto de habla a la vez singular e institucionalizado” (206). ¿Puede suponerse que dicho texto haya servido para la preparación de las ponencias sobre “Lenguaje y literatura”, dadas en la universidad Saint-Louis en Bruselas, ¿en 1964?

R – No, siquiera porque algunas referencias explícitas de Foucault, que hemos identificado y comentado en notas a pie de página, son posteriores a 1964. Pienso por ejemplo en la obra de Geneviève Calame-Griaule, *La palabra del pueblo Dogon*, a la que Foucault se refiere y que se publica en 1965 (Gallimard); o en *Mensajes y señales*, de Luis Jorge Prieto, publicado en 1966 (PUF). El texto de Foucault no tiene fecha, es verdad, pero es necesariamente posterior a las conferencias de Saint-Louis; y su sistema de referencias (que incluye precisamente los análisis etnográficos y la lingüística) es, de hecho, muy diferente del que se vale el filósofo en 1964. Es probable que se remonte a la estancia tunecina.

G – Se percibe una influencia pragmática, y la de Austin en particular; si nos focalizamos en las menciones a dicho filósofo en el libro, se ve que es una referencia que inspiró entonces a Foucault. Llega efectivamente, en este texto, a acercar la literatura a los actos performativos que no son “ni verdaderos ni falsos”, que “obedecen a un ritual”, que “hacen existir algo”, que “son susceptibles de fracasar” y se sacan del “lenguaje cotidiano” (261-262). ¿Podría ser el punto de inflexión de una concepción de la literatura por parte de Foucault? Cuando

concluye “Lo propio de la literatura, no son las cosas que dice, las palabras que emplea, es más bien el extraño acto de habla que cumple” (262), ¿no inscribe Foucault el análisis literario también dentro de una pragmática de la literatura?

R – Sí, sin duda, aunque hay en realidad dos cosas que se cruzan aquí y que cabe distinguir. Por una parte, un enfoque de la lengua como materia, como masa, que Foucault desarrolla apoyándose en Roussel, muy a inicios de los años 1960, y que entraña un tipo de trabajo que Foucault terminará por identificar como un *procedimiento*. Es esta palabra —*procedimiento* [*procédé*, en francés]— la que volvemos a encontrar, más allá de Roussel, en los análisis dedicados a Brisset o a Wolfon, y que convoca las asonancias, las homofonías, las relaciones de derivación imaginaria de una palabra a otra, los efectos de contigüidad, etc. Por otra parte, un enfoque performativo, neo-austiniano, que incluye no solo la toma en cuenta de cierta dimensión ritual del acto de habla, sino también de las condiciones de producción y reconocimiento que puedan permitir que la dimensión performativa de este último se identifique como tal. En el primer caso, el procedimiento es este trabajo sobre la materialidad de la lengua que permite simultáneamente la suspensión del código vigente y la constitución de otro código —en los casos que interesan a Foucault: la constitución de un código totalmente independiente de un uso del lenguaje concebido como instrumento de denominación o representación, o como intención de significar. En el segundo caso, la literatura es una potencia de transformación porque es de suyo un acto que se inserta en la realidad y cuyas coordenadas modifica: la literatura tiene efectos de realidad. Como lo dice Foucault, “hace existir algo (y no solo su propio discurso)” (262).

G – **¿En las treinta mil páginas inéditas que están en la BnF, puede esperarse la publicación de una nueva obra dedicada al lenguaje, a la literatura en un periodo posterior?**

R – ¡Haría falta haberlo leído todo para poder contestar! Dicho esto, la desaparición relativa de la literatura como objeto de investigación privilegiado es obvia a partir del comienzo de los años 1970; y sería sorprendente que reapareciera en los inéditos en un momento en que Foucault se concentra en otros trabajos —las prácticas (de gobierno, de subjetivación, poco importa); o la restitución de la vida a partir del archivo; o este proyecto que anuncia ya desde 1971 en su primera clase en el Collège de France y que prolonga *El orden del discurso*: una historia de la verdad sin concepto unívoco de la verdad. Esto no quita que la literatura siga siendo importante — pensamos en una de las últimas entrevistas que Foucault había hecho parecer, en que volvía sobre su relación con Raymond Roussel,

“Arqueología de una pasión”. Dice algo interesante: “Creo que más vale tratar de concebir que, en el fondo, alguien que es escritor no solo hace su obra en sus libros, en lo que publica, y que su obra principal, es él mismo cuando escribe sus libros. Y es esta relación suya con sus libros, la relación entre su vida y sus libros, lo que constituye el centro, el foco de su actividad y de su obra. La vida privada de un individuo, sus elecciones sexuales y su obra se vinculan entre sí, no porque la obra traduce la vida sexual, sino porque abarca tanto la vida como el texto. La obra es más que la obra: el sujeto que escribe forma parte de la obra”. En definitiva: *faire oeuvre*, es constituirse a sí mismo. Entre el texto y la vida, entre el lenguaje que se pliega a los procedimientos y la existencia supeditada a las torsiones y los desplazamientos de esta experimentación a la cual Foucault no deja jamás de incitarnos, hay una circulación esencial que no deja de ser cierta.

Trad. François-Xavier Guerry.